

comulgaban todos los días; los sábados y domingos (1) los que estaban bajo la obediencia de S. Jerónimo y de S. Pacomio: (2) los de Palestina solamente los domingos, y los que por respeto admirable que guardaban al Santísimo Sacramento, no se atrevían á practicarlo tantas veces, comulgaban sólo en las fiestas principales.

230. Hubo monjes tan privados de Dios que, no teniendo sacerdote en su monasterio, ni medios suficientes para obtener la adorable Eucaristía, merecieron que uno de los ángeles, mandado expresamente por Dios, viniera á administrársela. Esto aconteció con el bienaventurado S. Marcos, y con S. Onufrio y sus monjes. Mas para que no parezca atrevida mi aserción, diré lo que de este último eremita y de los monjes que habitaban aquel desierto nos dejó escrito S. Jerónimo (3). «Preguntaron en cierta ocasión á S. Onufrio, si los sábados y domingos recibía la Comunión de mano de alguno. Á lo que respondió: En estos días á que aludís, he hallado siempre preparado al ángel del Señor con el Cuerpo y la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo para dármele y recibirlo de su misma mano; y todos cuantos se hallan en este desierto participan del mismo gozo.» El mismo ángel les administraba la comida material.

231. Poseían, además, los monjes oratorios ó iglesias, cuyo sacerdote era generalmente el abad. El origen de un uso semejante se remonta al siglo IV, según consta en la epístola de S. Epifanio á Juan de Jerusalén, que versa sobre la ordenación de Pauliniano, quien, habiendo recibido los órdenes en el monasterio, no por eso violó los derechos de la Iglesia Jerosolimitana. Gattico aduce muchos testimonios para probar este punto, el cual puede ver el curioso si gustare; nosotros finalizamos el presente capítulo, consignando que, á partir del siglo IV, fué creciendo el número de las iglesias y sacerdotes de los monjes, impelidos de la necesidad y de las concesiones hechas á los mismos por los sumos Pontífices.

(1) Bollandó, 20 Enero. (2) In vitis Patr. (3) In vitis Patr., lib. I, cap. XI.

CAPÍTULO XIX

*La Eucaristía en los templos, en los campamentos,
y enviada recíprocamente por los obispos.*

SUMARIO

232. Basílicas cristianas de antes y después de la paz de la Iglesia.—
233. Sus partes: vestíbulo, naves, ábside.—**234.** Sus adornos.—
235. Estilo.—**236.** Su riqueza.—**237.** Su consagración.—
238. Dónde se consagraba la Eucaristía?—**239.** Cómo se llamaba á los fieles para el Sacrificio?—**240.** Solemnidad de la fiesta de Cristo Sacramentado.—**241.** La Eucaristía en las campañas: Iglesias y altares portátiles.—**242.** En ellos se celebraba el Sacrificio.—**243.** Ministros eclesiásticos de la milicia.—**244.** Los obispos se enviaban mutuamente la Eucaristía.—**245.** En Roma, el Pontífice la remitía á las iglesias particulares.—**246.** Eulogias.

232. Alegre la Esposa del Cordero con la paz concedida por el magnánimo Constantino, no pensaba sino en dilatar la fe del Crucificado, y en patentizar el divino culto del modo más solemne. Á este último fin se afaná en levantar grandiosos templos que sirviesen de tabernáculo para la Majestad infinita, en reconstruir otros que había derribado el paganismo, y en dotar á todos ellos de ministros, ornamentos y utensilios sagrados que hiciesen admirable el culto que se había de celebrar en los mismos.

Pero antes de esta paz, la Iglesia poseía templos públicos en los cuales se ejercían las funciones respectivas; por cuyo motivo, necesario será que nos detengamos en descri-

bir su forma y demás circunstancias, no pequeñas, para pasar después á fijarnos en los que se construyeron en los bonancibles tiempos de serenidad y calma.

Debemos observar en primer lugar, que los primitivos fieles no daban á sus lugares de congregación el nombre de templos, sino el de iglesias, según lo testifican S. Pablo (1) y varios santos Padres; asimismo las denominaban *Domincum* ó casa de Dios, como vemos por S. Cipriano (2) y S. Jerónimo (3); nombres que le dieron también algunos Concilios, como el de Ancira (4) y Laodicea (5). Tertuliano (6) les llama además «Casa de la paloma», *Domus columbæ*; é igualmente recibieron otros varios nombres, como *Domus divina*, Casa de Dios; *Domus Ecclesiæ*, Casa de la Iglesia, dados por el Concilio II de Toledo (7). Tuvieron finalmente las denominaciones de oratorio, templo y basílica; y de este sentir son Eusebio y Sócrates, acerca del primero; S. Ambrosio (8), Lactancio (9), S. Agustín (10) y S. Jerónimo (11) en cuanto al último.

Fijándonos en esta denominación postrera que se daba á las iglesias, tenemos ocasión de observar que, á diferencia de nuestros tiempos, la casa de Dios era llamada en la antigüedad *basílica*, nombre que se daba aun á las modestas iglesias. S. Isidoro de Sevilla hace notar que las basílicas eran en un principio las moradas de los reyes, ó lugares donde administraban justicia, pero que hoy día, añade el mismo santo, los templos divinos son llamados *basílicas* porque en ellos se da culto á Dios rey de todos, y en ellos le son ofrecidos los sacrificios (12).

(1) I Cor. 11, 22.

(2) De oper. et elemosy.

(3) In chronic. olimp. 176, an. III.

(4) Can. 15.

(5) C. 28.

(6) Contr. Valent., cap. 3.

(7) Can. I.

(8) Ep. 33 ad Marcelin.

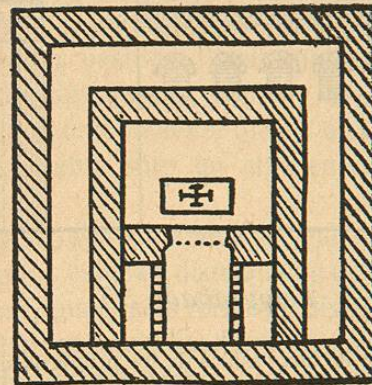
(9) Lib V., cap. 2.

(10) Serm. 12 in Basil. Cartag.

(11) Ep. 7 ad Lætam.

(12) Origin. XV, 4.

Estas basílicas fueron en tiempo de persecución, semejantes ó iguales á las de las catacumbas; eran por lo común de forma cuadrangular, y tenían en tres de sus caras, otras tantas tumbas para los mártires y altares para el Sacrificio; lo restante que podemos consignar sobre las mismas, puede verse en lo que dejamos dicho ya al tratar de las iglesias ó capillas de las catacumbas (*Fotografado 34*).



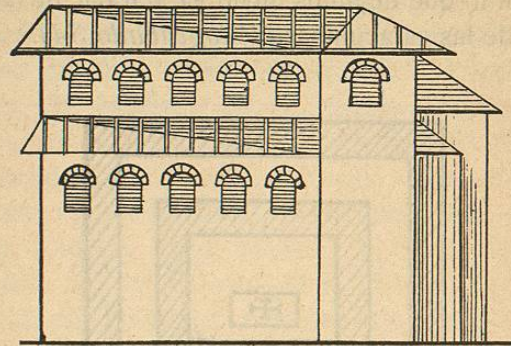
Fotografado 34.

Planta del oratorio que los discípulos del Apóstol Santiago edificaron sobre el sepulcro de este santo.

Facsimile por el autor.

233. Las que más nos importan en este capítulo son las construídas á partir del siglo IV, para cuya sucinta descripción seguiremos al erudito Martigny que recopila con suma maestría sus más numerosos detalles. Afectaban la forma de un paralelógramo, habiendo otras que con frecuencia eran redondas, octógonas y en forma de cruz. Sin embargo, pueden dividirse nuestras antiguas basílicas en tres grandes partes, llamadas la primera vestíbulo, la segunda nave, y ábside la tercera. Concretándonos á la primera, debemos hacer mención del pórtico, que miraba generalmente hacia el Occidente, pudiendo los cristianos hacer su

oración vuelto el rostro hacia el Oriente, como atestigua Tertuliano. Estaba sustentado en la parte exterior por dos, cinco ó siete columnas, descansando en el muro de la fachada (*Fotograbado 35*). Bajo del pórtico condecorado se co-



Fotograbado 35.

Exterior de una basílica de los primeros siglos.
Facsimile por el autor.

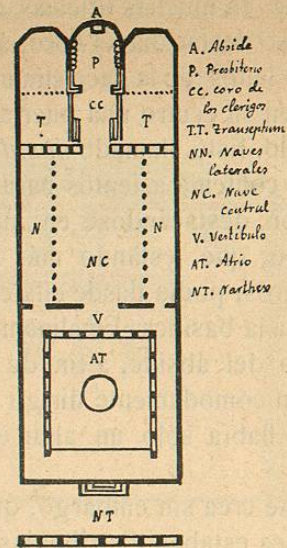
locaban los penitentes del primer grado, según tuvimos ocasión de observar anteriormente. En las grandes basílicas había á veces tres pórticos, de los cuales, el mayor y más largo, que miraba hacia el Occidente, estaba en el centro y los otros dos laterales al norte y mediodía respectivamente. Del pórtico se pasaba por tres puertas á las naves de las basílicas, que regularmente eran tres; la puerta del centro, que conducía directamente al presbiterio y altar, daba paso á solos los clérigos, mientras que las laterales lo hacían á su vez á los simples fieles, de los cuales, los hombres entraban por una puerta, y por la contraria las mujeres; estas puertas conducían á las naves laterales, y en ellas se quedaban ambos sexos separados: la de los hombres, fijada en la parte meridional, era siempre más larga, al menos en Occidente, que la del distinto sexo; la nave del centro era ocupada por las demás clases de penitentes. Cerca del

coro de los clérigos menores y de los sochantres estaba el púlpito, (1) que en muchas iglesias eran varios hasta el número de tres; se destacaba el coro, á continuación del cual había á ambos lados de la sacristía una verja de separación, la cual tenía en su centro una puerta por la que se entraba en el presbiterio. Éste, llamado *ábside*, entre los latinos, era semicircular y contenía asientos para los sacerdotes en todo su alrededor, destacándose en medio de ellos la cátedra del obispo, que, estando más elevada que las sillas de los presbíteros, podía desde ella el prelado dominar perfectamente toda la basílica. Finalmente, el altar estaba situado en el centro del ábside, á fin de que todos, clérigos y legos, pudiesen cómodamente dirigir á él sus miradas. Hasta el siglo VII, había sólo un altar en cada basílica (*Fotograbado 36*).

234. No se crea sin embargo, que todas las basílicas de aquella época estaban distribuidas del modo que acabamos de indicar, pues tales formas y distribuciones afectaban solamente á las grandes basílicas levantadas de intento para honrar á Jesucristo. Había otras en crecido número, que, atendida la escasez de recursos, eran de distintas formas y estilos, ya que habían sido edificadas en intervalos de tiempo, del modo que pobremente se había podido. Además, los templos del paganismo, que en general eran redondos, de los cuales la Iglesia Católica se sirvió por donación de Constantino y de los príncipes posteriores, no podían ofrecer las formas que deseaban los pontífices: así que se contentaban con hacerles algunas pequeñas modificaciones.

235. El estilo que dominaba en las nuevas basílicas era generalmente romano, modificado en ocasiones por el espíritu que animaba á los arquitectos y por las necesidades del culto. También tuvieron cúpulas, pero éstas fueron más

(1) Ambón, palabra griega que se deriva del griego *subir* y al que se ha denominado también *auditorium*, *tribunal*, *ostensorium*; ocupaba á veces el centro de la nave y otras su lado derecho ó izquierdo. Desde él se publicaban todos los asuntos eclesiásticos referentes al pueblo, y en su parte superior es donde hacían su profesión de fe los recién convertidos.



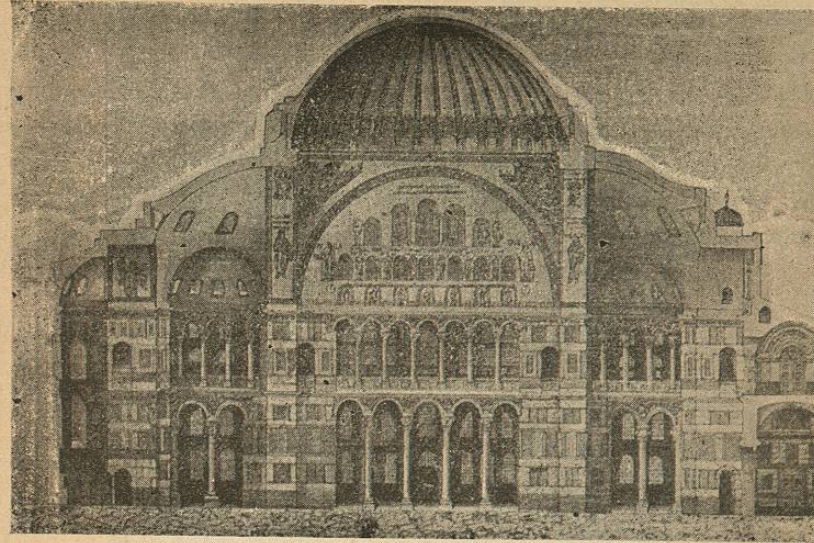
Fotgrabado 36.

Planta de una basílica cristiana de los primeros siglos.

Facsimile por el autor.

usadas en el oriente que en el occidente. Acerca de las pinturas y adornos de estas iglesias podemos decir que variaban según la posibilidad de los dantes y el gusto de los que las hermozeaban. En algunas de las grandes basílicas había primores en el arte de la escultura y pintura: asimismo, las ricas y artísticas lámparas, las preciosas colgaduras y cortinaje, y los candelabros de sumo gusto, condecoraban aquellas antiquísimas casas del Omnipotente, haciéndolas magníficas y agradables, aun á los ojos de los infieles (*Fotgrabado 37*).

236. Poco tenemos que decir en cuanto á la riqueza de semejantes basílicas; pues no acabáramos nunca si hubiésemos de referir las múltiples donaciones, los costosos regalos y las invaluables prendas que los sumos Pontífices, em-



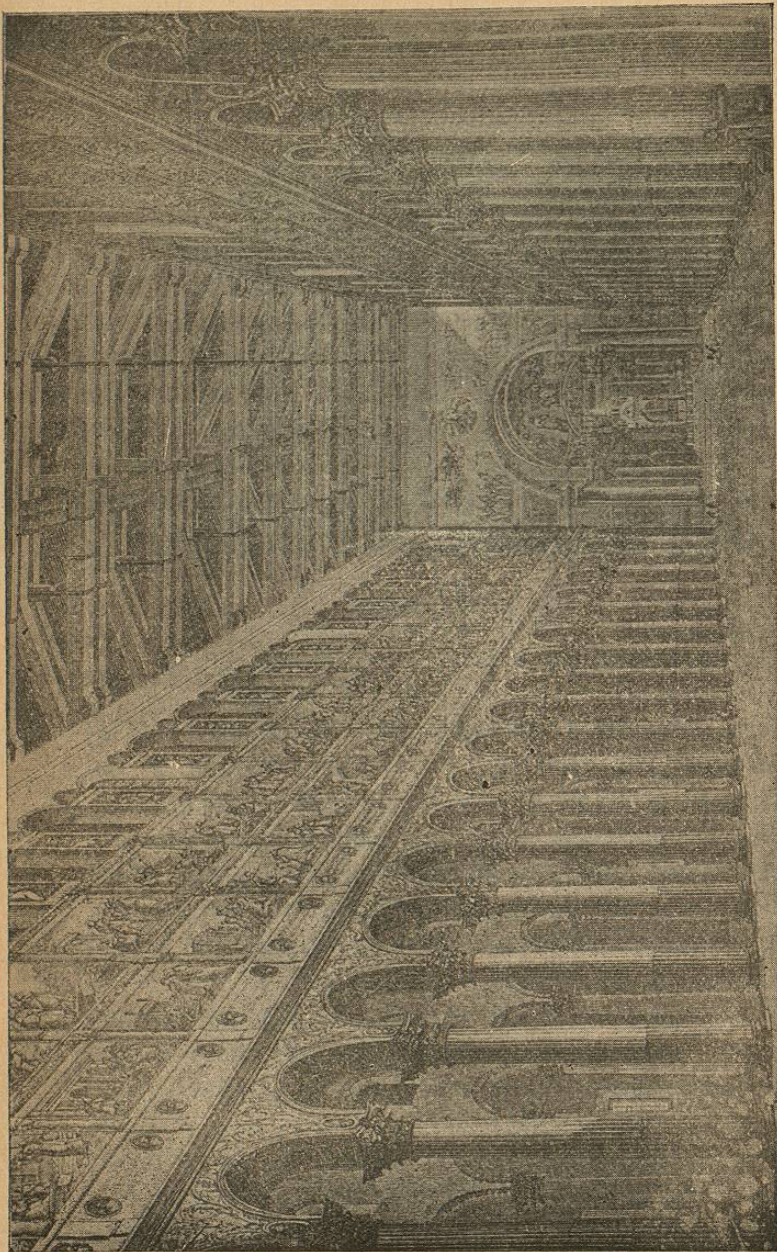
Fotgrabado 37.

Corte de la iglesia de Sta. Sofía de Constantinopla. Siglo IV.

peradores, obispos y personas piadosas otorgaron á las iglesias primitivas, algo de lo cual tuvimos ocasión de observar en el principio de este Tratado (*Fotgrabado 38*).

237. Después que había sido edificada una iglesia y enriquecida con todos los utensilios necesarios para la celebración del culto divino, procedíase á su consagración. Esta ceremonia consistía en dedicar de un modo más solemne y explícito aquel edificio para el divino culto.

Las fórmulas y ceremonias especiales usadas para el efecto durante los tres primeros siglos, las ignoramos; no obstante sabemos que se daban hacimientos de gracias. Luego que la Iglesia obtuvo el favor de los emperadores, el rito de la consagración era muy solemne. Nadie, en primer lugar, podía celebrar el Sacrificio antes de tener efecto este hermoso rito; el día de la consagración, que en estos primitivos tiempos podía ser uno cualquiera, era designado por el



Fotografiado 38.

Interior de la basílica de S. Pablo extramuros en Roma, construida por los emperadores Teodosio, Arcadio y Honorio (386—423) y destruida en el incendio de 1823. Estaba decorada con pinturas del siglo V y con la colección de los retratos de los Romanos Pontífices conservada por S. León el Grande, año 641.

obispo; y los ministros, las autoridades y simples fieles, escuchando la voz de su prelado, acudían gozosos á la nueva basílica, y con el aparato más ostensible se daba principio al acto; con frecuencia era incoado mediante un sermón que dirigía el obispo de la diócesis en cuyo término aquélla se había edificado, ó también otro obispo ó presbítero invitado para el efecto; á continuación se celebraba el Sacrificio de la Misa, y en él se rogaba por la paz común, por la Iglesia universal, por el emperador y sus hijos y muy particularmente por la iglesia que estaban consagrando: á partir de este momento se podía celebrar ya en la nueva basílica.

238. Una vez que había terminado el Sacrificio, era reservada la Eucaristía en el altar mayor, dentro del ciborio fijado en la parte superior de aquél, pudiendo los fieles desde este momento dirigir sus ardientes súplicas al Eterno, que, hecho Hombre, estaba encerrado en los estrechos límites del sagrario.

239. Para reunirse los primitivos cristianos en las iglesias necesitaban de algún aviso ó signo que indicase la hora conveniente de las asambleas. No están contestes los autores acerca de cuál podía ser la señal que para el efecto mencionado tendría lugar en los tres primeros siglos. Amalario (1) dice que, al ruido que producía la percusión de dos grandes maderos, se congregaban los fieles; pero Baronio (2), á quien sigue el cardenal Bona (3), rechaza esta opinión por ser evidentemente perjudicial á los cristianos de aquellos tiempos; sabido es, según hemos advertido varias veces, que los primeros fieles, merced á las violentas persecuciones, no podían celebrar en lugares públicos y notorios; por cuya razón, si la percusión de los leños se hacía notoriamente, á fin de que los cristianos acudiesen á las iglesias, daban más que suficiente motivo para que los agentes del imperio les prendiesen y derribasen sus templos; esto era delatarse á sí propios, lo cual no es admisible. Em-

(1) Lib. IV, de div. offic., cap. 21.
 (2) Ad an. 58, num. 103.
 (3) Rerum liturg., lib. I, cap. 22.